

CANTAR DE LA OCTAVA

Salud y muy buenas noches
te dé Dios, prenda adorada,
y a mí que me dé valor
para cantar en tu casa.

Hasta tu puerta he llegado
y dibujarte yo quiero:
con tu permiso, alma mía,
empiezo por el cabello.

Tu pelo es como la fibra
de seda, con que tú tejes
la red en que me aprisionas
y juntito a ti me tienes.

En tu nacarina frente
me veo cuando te miro,
y al pensar que me desprecias,
con honda pena suspiro.

Tus cejas son de azabache,
tus pestañas de crespón,
y los ojos dos puñales
que hieren mi corazón.

Bellos como la hermosura,
relumbrantes como el sol,
que a los míos ocultaron
cuando nos vimos los dos.

A tu oído siempre puse
de mi ardiente amor las notas
y tú, ingrata, no las oyes
y a mí ser todo destrozas.

Esa carita que tienes
de querube angelical
sólo en ti la hallo perfecta,
¡Oh mujer espiritual!

En tu boca pequeña
tus labios, de coral rojo,
cubren una joyería
de perlas, diamantes y oro.

Tu barbilla bien formada
y tu cuello de alabastro
con un collar lo hermoseas,
si hace falta hermosearlo.

Con esas manos de nácar
hiciste de amor cadenas
con que me prendiste un día
para matarme de pena.

Cuánto tapa tu vestido
no lo puedo analizar:
dicen que vale un tesoro
que el amor puede alcanzar.

Tienes los pies pequeñitos,
ligeros como de un gamo,
que se acercan si te olvido
y se alejan si te llamo.

Ya te quedas dibujada
martirio de un corazón,
tormento del alma mía,
adiós, mi bien, mi ilusión.

Adiós concha de la mar,
adiós perla aquí encerrada,
adiós rosa de San Juan.
Hasta el día de la Octava.